

PORCEL y SALABLANCA, José Antonio  
*El Adonis*. Edición, introducción y notas de María Dolores Tortosa Linde. Oviedo, Universidad de Oviedo / Instituto Feijoo de estudios del siglo XVIII, 1999; XCIV + 191 pp.

La edición que en 1952 realizó Leopoldo Augusto de Cueto era, hasta el momento, la única existente de este «largo y extraño poema», según lo calificó Menéndez Pelayo. Casi cincuenta años después, contamos con una nueva edición, a cargo de María Dolores Tortosa Linde.

*El Adonis*, al igual que su autor, se encuentra íntimamente relacionado con el fenómeno de las academias barrocas, concretamente con la granadina Academia del Trípode. De hecho, el poema fue compuesto por encargo de dicha institución, entre 1738 y 1742. La actividad académica de Porcel se extiende, además, a las llamadas academias estatales, llegando a formar parte de la Academia del Buen Gusto —introducido, seguramente, por su amigo y protector Alonso Verdugo, tercer Conde de Torrepalma—, de la Real Academia de la Lengua y de la Real Academia de la Historia. Su pertenencia a estas últimas instituciones, dedicadas en gran parte a difundir las ideas de la Ilustración, da buena cuenta de esa dualidad ideológica y estética existente en la primera mitad del siglo: por una parte, la pervivencia del gusto y las formas barrocas, representadas, sobre todo, por autores como Góngora, Quevedo o Soto de Rojas; por otra parte, la implantación de la nueva estética y de las ideas reformadoras de la Ilustración.

Debido a su especial peso en la vida de Porcel, el tema de las academias españolas fue tratado con generosidad por la editora en su estudio preliminar de la obra. En efecto, se trata de una introducción extensa y completa, en la que se abordan las principales cuestiones que suscita este complejo texto: manuscritos, fuentes, estructura,

argumento, naturaleza del poema y personajes. Así, María Dolores Tortosa destacó el gran conocimiento de la mitología del que hace gala el autor, no sólo por los abundantes mitos a los que alude, sino por la gran variedad de versiones de los mismos que maneja, así como por la extensa nómina de autores que tiene en consideración. Con todo, la preferencia por Ovidio es clara; si bien, Porcel extiende y modifica las versiones del autor clásico. En cuanto a la estructura y forma de la obra, la editora no duda en señalar la impronta barroca del poema, debida, sobre todo, a la influencia de Góngora y Soto de Rojas —llegando, incluso, a emplear versos de sus *Fragmentos de Adonis*. Por el contrario, la influencia de Gracilazo contribuye a suavizar un tanto el léxico y la sintaxis. En lo que se refiere al carácter dramático del poema, la zarzuela *La púrpura de la rosa*, de Calderón, se apunta como el modelo principal.

Uno de los aspectos más ampliamente tratados en esta introducción es la doble naturaleza —dramática y moral— del texto, la cual le añade, a la vez, una complejidad y un interés adicionales. El amor es el tema principal de estas cuatro églogas, como era de esperar. Sin embargo, como señala María Dolores Tortosa, «el tratamiento del amor difiere en este texto por estar desarrollado como una cuestión de índole teológica expuesta por alegorías, y no como amor concreto entre cazadores, como supondría su tratamiento en églogas venatorias». De esta forma, cobra especial relieve el lema que encontramos tanto al principio como al final del poema: «*No hay amor en las selvas con ventura*». Porcel ilustra, mediante esta acción secundaria tomada de la mitología, un planteamiento teológico: la imposibilidad de que el amor entre los hombres sea venturoso, puesto que éste impediría el cumplimiento del primer mandamiento del dogma católico, que exige amar a Dios sobre todas las cosas. El mecanismo utilizado por nuestro autor para

enlazar la vertiente moral ejemplar y la mitológica es «forzar la leyenda mitológica de cada uno de ellos, hasta hacerla coincidir con rasgos o comportamientos propios de determinados personajes bíblicos castigados por Dios». Tenemos, pues, personajes asimilados a la religión católica.

Una vez más, poesía y utilidad, excesos barrocos y templanza ilustrada, aparecen unidos, mostrando la compleja y particular naturaleza de este período.

Antonio Rodríguez Jiménez

SAMANIEGO, Félix María de  
*Obras completas. Poesía. Teatro. Ensayos*. Ed. y prólogo de E. Palacios Fernández. Madrid: Fundación José Antonio de Castro, 2001.

La Fundación José Antonio de Castro ofrece en un único volumen las *Obras* de Félix María Serafín Sánchez de Samaniego (1745-1801), editadas e introducidas por Emilio Palacios, su mejor conocedor. A lo largo de las extensas páginas preliminares se traza la biografía del escritor alavés en relación con los acontecimientos políticos y culturales derivados de la política borbónica durante los reinados de Fernando VI, Carlos III y Carlos IV, en un loable propósito de explicar su carrera literaria desde una percepción cultural del escritor y de la literatura.

Se nos cuenta así la esmerada educación recibida por el joven Samaniego en Logroño y Bayona, ciudad ésta en la que durante cinco años estudió Humanidades. Corresponde esta etapa a una época de formación literaria e inquietudes culturales que, con el apoyo del VIII conde de Peñaflores, Javier María de Munibe, acabaría por materializarse en la fundación en 1764 de la Real Sociedad Bascongada. Samaniego dedicó no pocos desvelos a esta institución, en la que comienza su carrera literaria, así como al Real Seminario Patriótico Bascongado,

centro educativo promovido por la propia Sociedad, que fue aprobado en 1776. Y aunque por aquellos años desempeñó cargos públicos que le mantuvieron ocupado, no olvidó su vocación literaria adaptando algunas fábulas de Esopo, Fedro o La Fontaine y preocupándose por la Poética, una de las asignaturas obligatorias del Seminario de Vergara. Cuenta Palacios que pudiera datar de esta época la redacción de la *Paráfrasis del «Arte Poética» de Horacio*, texto hasta ahora desconocido y que lógicamente se incluye en esta cuidada edición. Defiende en ella principios poéticos y culturales vinculados a la estética neoclásica y a la ideología ilustrada.

En 1777 ya había concluido la colección de las fábulas que remitió a Tomás de Iriarte y que se publicarían en 1781 para uso de los alumnos del Real Seminario Bascongado. Alcanzó un éxito rotundo, tanto que le valió un lugar de honor en la Sociedad y en la república de las Letras, como lo demuestran las sucesivas ediciones que desde 1787 merecieron sus *Fábulas*. No en vano dice Palacios que «Samaniego no es traductor de nadie, sino que pone al día un asunto tradicional al que confiere su propia personalidad, o sea, su ideología y sus querencias estilísticas» (p. XL). La justa fama alcanzada como fabulista coincide con una excelente labor de gestión al frente del Seminario, proyectándose incluso la creación de un instituto femenino en Vergara, iniciativa que, sin embargo, no prosperó.

El intelectual Samaniego se revela así como un hombre activo, inquieto y culto que participa activamente en la vida social y cultural del Setecientos. Aficionado a las tertulias, asiste a las más célebres, la auspiciada por la condesa-duquesa de Benavente o a la congregada por Llaguno y Amírola, entre otras. En este ambiente continúa su labor literaria e inicia su conocida polémica con Tomás Iriarte. De su ingenio y ferocidad como polemista son buena muestra los